

No comprendemos esta negligencia de esos editores españoles. Creemos que de esta manera concluirán por ahuyentar al lector de habla hispana, el cual a poco que esto dure, preferirá leer las obras en su idioma original, sobre todo las francesas.—*M. R.*

TEATRO

EL PÁJARO AZUL, por *Mauricio Maeterlinck*.

La editorial América ha lanzado una nueva edición del poema teatral, tan celebrado, del maestro belga. La traducción es acaso de las mejores, si no la mejor que se ha hecho en castellano, y se debe a la pluma del culto escritor costarricense Roberto Brenes Mesén, que ha tratado, y lo ha conseguido, de trasladar al castellano el estilo tan lleno de sugerencias de irrealidad de Maeterlinck.

La impresión que nos deja una nueva lectura del poema en referencia es contradictoria. Ya en esta época nuestra el teatro de Maeterlinck, lleno de fantasmas y de inquietudes, con sus mujeres desfallecientes, de nombres medioevales, que morían sin una queja por la vida terrenal que dejaban, deseosas de penetrar en el eterno misterio, y para las cuales el amor humano era sólo un apasionado perfume de azucenas, nos parece una conseja de nuestra niñez, que habíamos empezado a olvidar...

Hoy día nos transporta de nuevo a ese mundo perdido de la fantasía

y del ensueño de Maeterlinck la lectura de este *Pájaro azul*, que dentro de su obra total viene a ser, en cuanto a las características señaladas, una excepción. En efecto, aquí ya no es la muerte con su incógnita permanente la que da el tono de mando a la obra. Es otra interrogante la que se plantea el autor y la fórmula a los espectadores, mejor dicho, a los lectores. Es la felicidad, cuya incógnita, tan persistente como la de la muerte, no ha encontrado por parte del hombre una respuesta satisfactoria a la búsqueda ansiosa. Tyltyl, Mytyl, los niños heroicos que guiados por la Luz buscan el pájaro azul, han tenido un momento de vida real en el fondo de todos los corazones humanos, y como en la leyenda, acaso del fondo de todos los corazones ha surgido la convicción final de Tyltyl, que al despertar encontró extrañado el pájaro azul en su propia casa, vale decir, dentro del símbolo, la felicidad en su propio yo. Sin duda alguna el valor de tales símbolos tiene una fuerza de permanencia inalterable, y el estilo mismo de Maeterlinck, delicadísimo poeta ante todo, lleno de una extraña confusión de sentimientos, borroso y tenue, sirve para dotar a los símbolos del *Pájaro Azul* de una poesía profunda que no se olvida.

Pero si la fuerza poética del autor belga manifiesta la personalidad de un artista de los más grandes, sus ideas sobre los problemas trascendentales del hombre carecen de precisión y de solidez, y la errancia de los niños en busca de la felicidad sólo muestra la debilidad

conceptual del poeta, que quiere resolver las interrogantes eternas: la muerte, la felicidad, la justicia, la dicha, el amor... Tal vez las ideas en semejante empresa sirvan bien poco y posiblemente el procedimiento de Maeterlinck es el más sabio: dejarse llevar por todos los sentimientos y purificar el alma en un baño de sabiduría que en más de una página se parece demasiado a la resignación fatalista de los orientales. Todo esto, en cuanto a ideas, en 1930, sin saber por qué lo aceptamos muy poco, o más bien, no lo aceptamos.

Pero creemos que esa resignación sería llevadera si siempre fuera acompañada de un poco de ironía, de esa ironía a ratos trágica, que le hizo colocar a «la alegría de comprender» buscando siempre a «su hermana la dicha de no comprender nada», y a «la alegría de ser bueno, la más feliz, pero la más triste, a quien con dificultad se le impide ir hacia las desdichas...», triste e infeliz. Son verdades terribles. Terribles e irónicas... y escasas en el poema.

Precede, como prólogo al libro, la conocida semblanza del poeta, que hizo Georgette Leblanc, en los tiempos de felicidad matrimonial. —*Abel Valdés A.*

POESIA

STADIUM, por *Ramón Fera*.

Tras los iniciales ensayos, no siempre fructuosos, la nueva poesía parece arribar a buen puerto. No

lo decimos por este poeta (1) y su primer libro, todavía débil y balbuciente, sino por la obra más lograda de quienes han oído el mensaje de los tiempos y han acordado a él su sensibilidad. Habrá que repetir una vez más el esquema que recorre la curva agitada y subversiva del arrebató romántico hasta remansarse en el refugio sereno de una clásica y armoniosa sencillez. Clasicismo significa orden, jerarquía, autoridad y disciplina. Sólo que, al revés de lo que sucede en la política, la disciplina, el orden, la autoridad y la jerarquía emanan en el arte de la intimidad del artista y no de exteriores coerciones. Estamos, para sentir y apreciar los valores, a igual distancia del sufragio universal que de la imposición de las bayonetas. Aquí presiden la sensibilidad y la inteligencia.

Antonio Espina, que prologa este libro, nos parece una de las inteligencias más lúcidas de la España de hoy. Poeta, novelista, ensayista, crítico, a él pertenecen algunas de las páginas más agudas y justas de diagnóstico del arte moderno. Desde luego, el prólogo de *Stadium*.

Comienza recordando el precepto de Rémy de Gourmont de «lograr lo nuevo a toda costa» y ve en él el lema de los escritores desde la época del romanticismo. Antes hasta pasaba como un lujo intelectual escribir una imitación de tal o cual modelo clásico, una oda a la manera de... una epístola según... un soneto al itálico modo.

(1) Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid, 1930.